

EL ECO LITERARIO.

JURISPRUDENCIA PRÁCTICA.

Causa instruida en el juzgado de primera instancia de Novelda contra Antonio Bolo, sobre heridas á José Vallejos y otros y muerte á José Iborra.

(Continuacion.)

«**H**IZOSE cargo á mi cliente en esa causa, de que habiendo encontrado á tres hombres en la calle de S. Pedro y acometidoles por la espalda, dió alevosamente dos puñaladas á José Iborra, causándole la muerte, y dirigiéndose luego á José García, compañero de Iborra, le hirió en la muñeca, pudiendo evitar el golpe el tercero que era Antonio Diaz, por medio de la fuga, sin haber sido provocado, ni tenido con ellos cosa alguna.

«Antonio Bolo contestó que era cierto, pero que ignoraba si á quien dió las puñaladas, eran las personas que se indican en el cargo, porque no las conocia.

«Es decir, Sr. Escmo., que mi cliente confiesa haber dado puñaladas en la calle de S. Pedro, pero no confiesa haberlas dado á José Iborra ni á José García, y mucho menos haber causado la muerte al primero. Y digo mas. Si Antonio Bolo hubiera dicho: «yo dí de puñaladas á José Iborra y José García» sostuviera su defensor que tal confesion deberia desecharse como imposible, porque no los conocia, Sr. Escmo: así consta en la causa, y moralmente imposible es, que cualquiera dé razon de lo que no sabe, de personas que no conoce.

«Así como si hubiera dicho que dió muerte á Iborra, por identidad de razon ninguna fuerza legal estrañaria contra él semejante confesion, pues no era fácil que supiera, que á consecuencia de las puñaladas, dió muerte á un hombre cualquiera que fuese en la calle de S. Pedro, y tanto que ni José García, ni Antonio Diaz que acompañaban á José Iborra, pudieron decirlo al hijo de éste cuando en su casa y para darle aviso se presentaron. Y en confirmacion de ello podrá la sala recordar, que Bolo en su indagatoria declaró, que no sabia si á resultas de las punzadas, habia podido matar á alguno. Y esto, señor, lo creerá cualquiera que haya oido, cuando menos examinado, las circunstancias del hecho que se esplicarán luego.

«Y como yo vea que así lo ha declarado, como examine á buena luz á mi parecer, la confesion de Bolo, y en su contenido no puedo ver sino que el reo duda, y con razon, de que acometiera y diera muerte á García y á Iborra, ya se vé, yo tambien dudo de que fuera mi cliente el autor de tal homicidio, tanto mas cuanto las leyes 4.^a y 5.^a, titulo 13, partida 3.^a, disponen que la confesion, para que haya completa prueba, debe hacerse

á sabiendas y con ciencia cierta, que la hecha de otro modo no valdria. Y quisolo así la ley, porque podrá acaecer que confesase uno haber muerto de un golpe á una persona y averiguarse despues que no la mató, sino que ella fingió quedar sin sentido, mas luego cualquiera de los que le acompañaban ó un tercero que llegára, le privó realmente de la vida.

«Todas estas esplicaciones admite la confesion de Bolo, todos estos riesgos que así pueden llamarse, comprende la misma, por el hecho de no poder aquel responder con ciencia cierta como la ley exige, de que en la calle de S. Pedro acometió á José Iborra y no á otro. Los mismos riesgos, y aun mas que á V. E. no se ocultan, por ignorar si las otras personas á quienes dió de puñaladas en la calle misma, eran ó no las contenidas en el cargo, puesto que no las conocia.

«Vea V. E. aquí por tanto una confesion otorgada por el reo, de modo que la ley resiste, para que pueda crear en el ánimo del juez la certeza legal á que llamamos prueba plena.

«No hay cartas; no hay testigos; no hay confesion judicial segun la razon y las leyes; luego no hay prueba plena. Y no la hay, señor, porque no puede haberla; porque es imposible que la haya. La causa lo dice: Antonio Bolo no conocia á José Iborra. El dignísimo fiscal de S. M. lo prueba en su esposicion: Antonio Bolo no sabia contra quien dirigia las puñaladas. ¿Cómo, pues, el que no conocia á Iborra, el que no sabia á quien pegaba, ha de haber confesado ahora que á Iborra y no á otro acometió y mató en la noche de que se trata? Habrá, señor, indicios, presunciones; indicios y presunciones, que quiero suponer que sean vehementísimos, pero que no alcanzan la virtud de prueba plena, ¿y cuándo por ellos solos condenó V. E. á pena de muerte? Jamás, porque no lo permite la ley, y la sala nunca se separó de ella. Luego si no hay prueba plena, no puede imponerse á Bolo pena de muerte.

«Así queda demostrada mi primera proposicion. Ahora me ocuparé de la segunda, y verá V. E. tambien que Bolo no merece aquella pena, *porque aun en el caso negado y no probado de que fuese el autor del delito que se persigue, no hubo en aquel acto completa libertad en el agente y faltó tambien en él la intencion de causar el mal que son los elementos constitutivos del delito.*

«La sala no há mucho ha oido la relacion del hecho tal como ocurrió. ¿Y se necesitará otra cosa para que se persuada V. E. de que solo en un momento de fatal demencia pudo este hombre infeliz, mas que criminal, arrojarle á cometer un atentado como el que se persigue. El se verificó en el día 12 de Diciembre del año 47, y entonces tengo para mí firme y resueltamente que Bolo no obró con plena deliberacion, obró sí, como hombre que no está en su razon, como un verdadero loco.

«Así lo he creido yo desde que examiné por vez primera esa causa, y créolo hoy y en este instante con mas razon, porque leo esta conviccion misma en el semblante de V. E., en el fondo de su corazon, en lo íntimo de su conciencia. Antonio Bolo no es un malvado endurecido en el crimen, no es hombre feroz y desalmado como ha dicho el fiscal de S. M. en su segunda esposicion, es mas bien un loco como dijo S. S. en la primera, es un instrumento de la pasion ciega, irresistible, que le arrastró funestamente á la ocurrencia que hoy desgraciadamente lamentamos.

«Las circunstancias todas de ella demuestran con palpable claridad la

funesta manía que á este desgraciado afectaba; mas como quiera que la especie de enagenación mental padecida por Antonio Bolo, denominada *monomanía*, sea muy diversa por su naturaleza y caracteres (y en ello debe fijarse la digna atención de V. E.) de esas enagenaciones totales á las que reservamos comunmente el nombre de locura; y como su existencia demostrada por sábios escritores, confirmada por repetidos egemplos, y admitida ya por todos los tribunales, sirve para esplicar ciertos crímenes sin obgeto, y resultados que parecían escaparse en cuanto á sus causas, á la sagacidad de los hombres, creo necesario hacer una brevisima reseña de esta misteriosa enfermedad. Que existe, no podrá dudarlo V. E., como que constituye uno de los artículos mas importantes de las grandes obras que han publicado célebres y muy acreditados profesores de medicina legal, y hanle dado toda esta importancia creyendo, que la investigación de su historia y caractéres se encaminaba á arrancar del cadalso ó de otras penas infamantes á infelices que podrian ser condenados como criminales, cuando en realidad no son sino locos.

LOS POLLOS.

«Tres años há á lo sumo, que cierta noche de invierno se daba un gran baile en uno de los mas aristocráticos palacios de nuestra capital. La brillante juventud que á él asistia egecutaba una de esas tres cosas que hacen los jóvenes en tales diversiones: bailar, amar ó comer, esceptuando á algunos que hacen las tres á un tiempo. En cámbio no faltaban quienes se limitasen á la segunda.—En el hueco de un balcon se hallaban sentados, y departiendo animadamente, una de las señoras que son el orgullo y el encanto de los salones, y un mancebo de escasa edad, de fisonomía viva, ardiente y apasionada. La altanera beldad oía con risa algo burlona las frases del joven, mientras deshojaba impacientemente una soberbia camelia que lucia sus rojos pétalos en el centro de un lindo ramillete. Nuestro héroe terminó su declaracion, porque los lectores habrán conocido que aquello era una declaracion amorosa pidiendo respuesta.

Un *no* sonoro y argentino salió de los lábios de la hermosa dama, la cual en aquel momento acababa de dejar á la pobre flor huérfana de su última hoja.—¿Y por qué? insistió el desairado con un atrevimiento homérico.

Púsose en pie la Sra. de....* dirigió una mirada compasiva á su interlocutor, y tomando el brazo que le alargaba un caballero como de 30 años, dijo con cierta sonrisa que nada tenia de benévola:

—¿Por qué? porque es V. todavía demasiado *pollo*.

La palabra hizo fortuna: ocho dias despues comenzó á sonar frecuentemente en todas las conversaciones, aplicándola á esos adolescentes que se lanzan desde las aulas y los colegios al gran mundo, con toda su inesperienza, con todo su entusiasmo juvenil, con todo el ardor de sus diez y ocho años.” (1)

(1) Folletín del *Heraldo* de 29 de Enero.

Hé aquí trazada en breves palabras la historia de los *pollos*. Ahora bien, como en la actual temporada, siguiendo sin duda el precepto *crescite et multiplicamini*, han invadido hasta el mas oculto rincón del hogar doméstico, vamos á apuntar ligeramente la vida de esta familia, que á la manera de una banda de langostas, se ha apoderado de todo, haciéndose cada vez mas insoportables con sus niñerías, por mas que su necio orgulloso empeño quiera suponerles hombradas. Incautos y con poco chirúmen han saltado la valla que debían respetar en su edad, olvidando que este aturdimiento, estas calaveradas, pertenecen al génio, que antes de tiempo se anuncia, como esos pájaros que presagian las tempestades, desconociendo tambien que la línea divisoria que les separa es casi imperceptible, es, en una palabra, el crepúsculo que separa las tinieblas y la luz.

Aunque las opiniones andan divididas y cuenten en su favor apasionados y enemigos, nosotros, que si bien nada nuevo podemos añadir en el asunto, nos colocamos en la estrema izquierda, y aconsejamos á la mas preciosa mitad huya de ellos, y conceda sus favores á nuestra juventud, digna por muchos títulos á sus obsequios.

Empecemos su exámen.

Los *pollos* son una transaccion, ó como si dijéramos el *justo medio*, entre un niño bobo y un calavera lampiño, como llama el malaventurado Larra, á una de las clases de estos que describe en sus artículos. Por consiguiente esta transaccion, este *justo medio*, debía ser lo mejor, por aquello de *in medio consistit virtus*; y parecia lo mas natural y conforme, que fundidos estos principios, diesen un resultado bueno y satisfactorio; pero desgraciadamente no es así, porque lo único que esta liga, esta amalgama, esta especie de casamiento ha producido es una media tinta, un semi-color que descubre á la legua lo heterogéneo de la mezcla. Es verdad que esta fusion se ha realizado, pero es preciso confesar, sin embargo, que esta mezcla no satisface mas que momentáneamente, es una actualidad, una rosa como diria un poeta que hoy abre su capullo á la brisa que la mece, y mañana se mustia y pierde el calor al soplo del vendabal.

Los *pollos* corren la suerte de aquel, que falto de fuerzas, quiere andar mucho; el cansancio le abrumba, y falto de aliento, sucumbe al peso de la fatiga. ¿Y por qué? preguntamos. La razon es óbvia; porque se lanzan antes de tiempo con mas voluntad que brio. Semejantes á un viejo, á quien para hacer caminar de prisa, le pusieran andadores, y fiado en la mano que le sostenia por querer apresurar su marcha, andaria tropezando, así los *pollos*, faltos de andadores, quieren soltarse antes de tiempo, y caminan á la ventura con inciertos y descompasados pasos. Por eso son víctimas de su credulidad, si bien no son dignos de lástima; tal es el tono altanero y desvergonzado que ostentan en todas partes.

Con efecto, asistamos á un baile y les veremos echarla de maestros, metiéndose en todo, fumando su cigarro de á cuarta, y parándose delante de las niñas, para que les digan algo, y.... ¿Pero qué bromas pueden darles si en su corta vida nada les ha sucedido? ¿Les recordarán por ventura las palmetas con que el dómíne castigaba en el colegio sus travesuras de chico? Y sin embargo, en estos sitios andan revolviéndolo todo, incomodando de continuo con su sempiterna cháchara no solo á las personas de gravedad, que esto seria disculpable, si que tambien á tantos y

tantos jóvenes, que á la edad de ellos, no pensaban mas que en los estudios.

Si en el teatro, la misma imbécil caterva, quiere llevar la iniciativa y dirigir los aplausos ó silbidos de la prima dona, la bailarina ó el tenor. Y si esto lo hicieran cuando lo merecen bien, pero llevan su necedad hasta el extremo de querer adivinar el resultado definitivo, y antes de tiempo prorumpen en estrepitosas carcajadas ó silbas intempestivas. Ellos celebran su triunfo con estas demostraciones, pero á fuerza de una humillacion vergonzosa, cuando encuentran alguno que califica con justicia estos actos de falta de educacion y debidos á la demasiada holgura que disfrutan. ¡Contraste singular debido al progreso del siglo! Mientras en no muy lejana época, los *pollos* estaban encerrados en el gallinero, donde no salian, como dice el citado periódico, mas que á misa con sus ayos, hoy que militan las mismas idénticas razones, se les considera como parte integrante de toda reunion, de toda sociedad. Pero son cosas del mundo y del capricho de las gentes, que todos debemos respetar.

Ademas, ¡con cuánta razon se ha dicho que el hábito no hace al monge! Testigos de esta verdad los *pollos*, que en esa misma época no lejana, cuando el imperio de la moda no habia reclamado de nosotros el derecho de conquista, se les veia en paseos solitarios, jugando á juegos propios de la edad, y con cierto aire de conpuncion que les daba la semejanza de novicios. Y eso que entonces los padres cifraban su especial cuidado en vestirles de hombre, con frac y sombrero redondo; y sin embargo, con este traje de hombre, eran chicos; mientras que ahora con el traje de chicos, quieren echarla de hombres en tertulias y cafés, y paseos y saraos. ¿Quién esplica esta contradicción, este contraprinicipio? ¿Será un vice-versa como tantos y tantos otros?

¿Pues y en materias de amor? ahí es un grano de anís; con esa osadía que les caracteriza, le dicen un descaro al mismo lucero del alba. ¡Reputacion!—pocas hay á cubierto.—¿Qué importa que esté el marido delante para hacer una declaracion? si es persona sensata, hará caso de las palabras de un imberbe?—Dirá que es una niñada, y todos saben que de las niñadas nadie hace caso.—¿Es soltera?—Ya dá derecho haber bailado una *polka*, ó un *wals* en dos tiempos, atropellando á todos para llamar mucho la atencion; y sobre todo una caja de dulces y tres ó cuatro piruetas ridículas. ¡Bobería! como si los *pollos* ignorasen que en el moderno *ars amandi*, aquel que no se aventura, nunca pasará la mar. ¿Y cuándo intentan filosofar? ¡Ay! ¡y qué pinturas y qué descripciones! Con qué tono dogmático dicen que el paseo estaba malo, porque faltaba animacion, y se habian ausentado la encantadora A., á quién persigue; la sensible B., á quien ama; la amable C., que es su ídolo; la voluptuosa D., que bebe los vientos por él; etc. Que la tertulia de O. se hacia pesada porque se bailó poco y bien, se habló de literatura y música, del frio y el calor, y... ¿qué les importa á ellos estas materias? ¿son de necesidad absoluta para figurar en primera línea? ¿necesitan instruccion, ó acaso están faltos de ella? Cuando el mas ruin desde que ha salido del colegio, ha leído media docena de novelas de Paul de Cok, y la mayor parte de Pigaut-Lebrun, y cita de la cruz á la fecha las travesuras del compadre Mateo, y del Mozo de buen humor, y cuenta sus conquistas por meses, sus amores por dias, sus triunfos por horas y sus placeres por instantes. Ademas ¿no salió airoso, por ventura, en cierto lance que sostuvo con

aquel caballero altote y forzado que le hartó de cachetes cuando le plantó cara despues de insultarle? ¿Por qué no admitió el desafío, eh? porque le hubiese rematado como un toro de una estocada, ó le hubiera hecho saltar la peluca de un pistoletazo á veinte y cinco pasos. ¿Y á quién no acreditan, preguntamos nosotros, estas gracias, esta prueba de valor? ¿No dice tambien que el marido de T. es un... porque usa anteojos? ¿Y no causa risa al mas circunspecto y grave un epigrama tan bien y oportunamente aplicado?

Pero, ¿á dónde nos conducirán estas reflexiones? ¿Acaso no nos esponemos lo mismo que todo hijo de vecino á un lance? Y entonces ¿qué remedio? ó pasar por cobarde ó batirse como un desesperado; á bien que esto último no entra en nuestro propósito, que profesamos mucho respeto á la ley, y sabemos de cuando éramos niños, sin ser *pollos*, que el quinto no matar. A bien, que si en casos tales hubiéramos de sostener alguno, ó nos prevendríamos de un asador para ensartar dos ó tres de golpe, ó les soltáramos media docena de gallos que en el circo hubiesen dejado bien sentado el honor del pabellon.

¿Y contra este enjambre, contra esta plaga, esta secta, esta calamidad, contra esta irupecion de imberbes mozalvetes, no ha de haber un remedio pronto y eficaz? Uno propondríamos, aunque extremo, si alguna bella nos pidiera consejo, lea aquellos versos del maestro Gonzalez.

Le puncen y le sajen,
Le tundan, le golpeen, le martillen,
Le piquen, le acribillen,
Le dividan, le corten y le rajen,
Le desmiembren, le partan, le degüellen,
Le hiendan, le desuellen,
Le estrujen, le aporreen, le magullen,
Le deshagan, confundan y aturrullen.

Francisco Puig y Pascual.

POESIAS.

ROUDOR DE LLOBREGAT.

POEMA EPIGO EN TRES CANTOS.

CANTO PRIMERO.

(Continuacion.)

X.

Su gozo fue cual rayo que fulgura
Y platea los campos, y se apaga,
Apenas descubrió tanta hermosura;

Cuando la quilla de la nave traga
Aquella sombra tan amada y pura:
Tal, como el fuego fátuo que divaga,
Y falaz deslumbrando al peregrino
Le abandona sin luz y sin camino.

XI.

Entre la duda y la verdad luchaba
Roudor, juzgando tanta dicha un sueño,
Al mar y al firmamento preguntaba,
Si era verdad que en el vecino leño
Su Elena la agua liquida surcaba:
Como nunca miró el hado risueño,
Imposible, exclamaba, que del cielo
Descienda un ángel para mi consuelo.

XII.

Mas no era sueño, no, porque en la armada
De los griegos su padre hizo embarcarla,
Diciendo no era justo á tan amada
Hija en remota playa abandonarla,
Ni que perla tan bella fuese hallada
En suelo do pudiesen conculcarla;
Y evitar de este modo pretendia
Un deshonor, que con razon temia.

XIII.

Jorge se llama el padre que á la hermosa
Celar con tanto afan hábil procura,
Gefe es de Alanos, gente belicosa,
Que admira su prudencia y su bravura;
Su voz en el consejo es provechosa,
Lo mismo que su espada en la lid dura;
Y si bien canas muestra, en el combate
Su viejo corazon ardiendo late.

XIV.

Cuando mil de su gente hubo escogido
De Roger con la escuadra navegaba
Para arrollar al turco, que atrevido
De Grecia el bello campo devastaba:
Su nave en que el galeote es muy fornido
Junto á la de Roger la mar cortaba,
Quien mandó que en las aguas su bandera
La guarde, el que la guarda en la lid fiera.

XV.

Con oro el monte y lágrimas la arena
Cubre entretanto la pintada aurora,
La estrella que brilló en noche serena
Se apaga al ver del cielo la señora;
Mientras triste Roudor su intensa pena
Con llanto amargo sin cesar deplora,
Dando al viento que su cabello oreá
Los suspiros de amor que el pecho crea.

A L. L.

EPIGRAMA.

Don Juan, hecho un figurin,
Quiso inspirar á una dama
Su tierna amorosa llama
Y con el mas recto fin:
Al comenzar el ensayo,
Dijo la bella inclemente
—¿Vale mucho un pretendiente
Vestido de guacamayo?

F. V.

COSTUMBRES.

DE BAILE EN BAILE.

ARTICULO 3.º

A una especie de locura se entrega la humanidad en la temporada de las máscaras, y esto por una costumbre que induce siempre á las mismas tristísimas reflexiones; ese porvenir ignorado nos hace aprovechar los momentos, preciosos en verdad, cuando se esconde tal vez en la hora que está para marcar el reloj, la solución de nuestro destino, el último minuto que reste á nuestra existencia dolorida: por eso el afán de gozar en ilusiones fantásticas, para no ver, para no sentir ni crear una idea que pueda con vivos colores presentarnos, ese *mas alla* cruel que solo alcanza el dedo omnipotente de la Providencia: «gozemos hoy, que la vida es un soplo» hé aquí la voz de la generalidad, frases que encierran en su fondo la amarga hiel de nuestro porvenir, del mismo modo pudiera decirse:

«démonos al placer y á la alegría, puesto que son inevitables y ciertos los dolores y la muerte:» así lo canta también un poeta célebre de nuestros tiempos en poquísimas palabras, con estos disticos:

«Cantemos de nosotros olvidados
Hasta que el son de la fatal campana
Toque á morir, gozemos descuidados
Que el sol de ayer no alumbrará mañana.»

Por ello, pues, apreciable lector, hemos tomado la resolución de andar con entusiasmo de baile en baile, salir de un punto para entrar en otro, si es que en todos ellos hemos de encontrar distracción para el ánimo abatido. Fuimos recorriendo uno por uno cuantos bailes se anunciáran en los periódicos, y que pudieran merecer una aceptación regular, no será posible que entremos en todos los salones, porque las esquinas se llenan por instantes y con progresión notable, de carteles que llaman á las gentes á un nuevo punto en donde se dan nuevos bailes; nos veremos por fin rendidos, engañándonos el ánimo, superior casi siempre á nuestras fuerzas y facultades: pero ya que nuestra intención quede en cierta manera sin realizar, concluyamos la fiesta visitando algunas casas en donde se reciben máscaras: en lo que ofrecen los tres días de Carnaval: en el Liceo.

Para pasar alegremente las primeras horas de la noche, estamos ya como por encanto en casa de unos amables señores: ya ves, lector querido, que hemos ido juntos á todas partes, preciso será que no nos abandonemos con la ingratitud mas reprehensible; estamos, pues, en el consabido recinto; un piano, algunos violines y otros instrumentos, forman la orquesta de estos bailes que se denominan de confianza generalmente: con efecto, la franqueza y amistad forman el carácter de estas reuniones en que se permite la entrada de máscaras para mayor animación. El amante se presenta como el bú ante su clori, las coquetillas hacen de las suyas y se oyen la vida y milagros aunque les pese; el elegante se pavonea para llamar la atención, y todos en fin desean hallar uno que otro accidente que se preste por sus consecuencias, á la realización de diabólicas esperanzas.—Aquella, una viudita traviesa y pícara, que lleva trastornados á muchos necios que creen las halagadoras frases con que los engaña: ésta, una romántica que da vuelo á su inspiración, y dice la verdad de sus sentimientos y emociones, olvidándose del hule que el Carnaval ha puesto en su rostro: la de mas allá, una casadita de la piel de Satanás, que rebuyó la pesquisa del pobre marido, y se cuelga del brazo de un mozalvete tan diabólico como ella: esotra.... una.... silencio, estamos en sitio que no es público, y por ello nos cumple el papel de espectadores tan solamente: bailan y se divierten las gentes: está todo dicho.

En la Alameda hay una inmensa muchedumbre, un sinnúmero de faetones (vulgo tartanas), otra gran parte de máscaras con trages de mil colores, desde el mas elegante al mas ridículo; hé aquí la costumbre de todos los años, aunque en decadencia marcada.—¿Te diviertes, lector?—Nada absolutamente.—Tampoco yo: este pueblo parece trastornado, y como si hubiese perdido el juicio; casi todos los enmascarados tratan de hacer reír á las gentes con su estravagancia ó su capricho: al pueblo le manda el almanaque que se divierta tres días seguidos, y el pueblo ríe y

canta y se divierte; pasa del placer al dolor y vice-versa, con una facilidad que sorprende: así podremos estudiar la verdad, conocer la fuerza y la constancia de sus sentimientos. ¿Qué cosa deja de ridiculizarse en este eliseo campo? ninguna, como prueba patente de la general imperfección: es imposible que nuestra pintura sea exacta, si hemos de ocuparnos en la que debiera hacerse de las máscaras públicas; todos nuestros lectores conocen de bien cerca el asunto; pocos hay que dejen de haber militado en esa gran alameda, acercándose á algunas tartanas y volviendo en resúmen con el cansancio por producto, y el ánimo disgustado por no haber hecho nada que valga un ardite: aquel que tenga humor para disfrazarse las tres tardes de Carnaval y acudir á los tres bailes en sus noches, deberá ser tenido por un mancebo de lo que no se pinta, por un atronado, por un calaveron deshecho, por un trueno inconcebible, por un.... Dios nos perdone, vamos á derramar la hiel: es cosa, no obstante, muy sabida, de que hay hombres atroces, que no se quitan en setenta horas el traje de labrador, y en casi todas ellas usan mascarilla de carton que haria poco sino sofocase de muerte al negro mas subido: dejemos esto, porque nos fatiga el pensarlo; dejémoslo todo, ya que no nos es dable entrar de lleno en descripciones tan difíciles, de cosas que todos saben: un ratito al Liceo, hé aquí nuestra última atencion, si no perdemos la fuerza que ya nos vá faltando.

Hemos llegado; la hora es avanzada; todo cansa en el mundo: pocas son las impresiones que nos reserva el moribundo Carnaval; entremos en el salon.

Magnífico: la belleza y la elegancia compitiendo con la ostentacion mas digna; hermosura, gracia, delicadeza, ¡oh! no puede esplicarse el mágico esplendor de las beldades, cuando el adorno las engalana, y cien luces reflejan sobre sus vibrantes ojos: aquí se vé lo mas hermoso de la capital, ese bello sexo que encanta la existencia, que es el mejor adorno y la flor mas linda en nuestra sociedad: hermoso es el baile del Liceo; aquí es otra la diversion, aquí se goza lo que en otras partes se padece, la amistad reunida, la belleza deslumbradora, la confianza, la animacion, todo existe aquí.

Los trages son de un gusto delicado, y las preciadas beldades gastan mascarilla como por solemnidad únicamente, quitándosela muy pronto para lucir, despues de haberse cerciorado en el tocador de que bien deben salir á luz con su gracia, su esbelto talle y.... mala materia es esta para los aficionados.

Muy pocas son las chanzas pesadas que se gastan en el Liceo; preciso es conocer que no se encuentra en él lo que en la Casa-Ionja, porque en el salon columnario hay mas vida, mas confusion, mas accidentes; pero tambien llega un labrador y nos aturde de un golpe, un mágico y nos insulta, un dominó y rebienta al que coge por delante: nada de esto se vé en el Liceo; tan solamente la chanza decorosa y llevable, la permission compatible con la amistad, como que todos se convencen de hallarse entre personas escogidas.

Generalmente se baila poco en proporcion á lo que se hace en otros puntos, y los jovencitos de quince á veinte años se adelantan á los *mozos cruos* cansados de gastar bigote y patilla, y les quitan las elegánte niñas con las que han creído poder dar dos vueltas de wals; estos muchachos,

llamados *pollos* en la córte, han dejado la vida que á su edad solian hacer sus antecesores, y se han dado al mundo con sus infulas de presuncion inaguantable. Un amigo nuestro nos debe vengar poniendo en limpio las marrullerías de los *pollos*, gallos ó lo que sean; entretanto no podemos menos de cederles en todas partes la primacía.

Aunque sean muchas las horas que se pasen en el Liceo, parecen de corta duracion, porque las ilusiones sorprenden el espíritu, elevándolo á una region de belleza que no sabemos definir. No es extraño, pues, que creamos suspendido el curso del tiempo, y que pensando estar en alta noche oigamos el canto fatidico del gallo, y el bullir de las gentes, y que muchos nombren la palabra *ceniza* al ver muertas las alegrías del Carnaval, las fiestas que tanto recuerdo han prestado á la exaltada imaginacion.

Se oye la voz de las campanas y desaparecen las ilusiones, y el ánimo se contrista, y se nos presenta como en espejo la realidad de lo que somos: todo pasó: ya lo presentiamos; ahora obedezcamos los preceptos de la cuaresma: cada cosa en su tiempo, digimos al principio. Estamos rendidos de sueño: son las seis de la mañana y el sol despunta por el Oriente: todo pasó como pasan las estaciones, como pasa la vida y todo cuanto existe, sin que un dique se oponga al hundimiento de los placeres de las dichas, y de cuanto hay en la tierra: veis esa pompa, esa alegría, esa ilusion, y el delirio amoroso y en el encanto de la amistad y atronador llamamiento del Carnaval.... pues bajan á una tumba, en la que se lee por única y desconsoladora inscripcion, la palabra *ceniza*.—*Francisco de Paula Gras.*

FELIPE DE LUCHEX,

NOVELA ORIGINAL

escrita por D. Joaquin Bardo de la Cuesta.

PRIMERA PARTE.

(Continuacion.)

--Mucho me admira que un hombre de esa especie llevase tan buen caballo, contestó Felipe entregando el suyo al posadero, interin él entraba en la cocina, en donde ardía un buen fuego.

Poco despues entró el posadero; y Felipe, anudando la conversacion dijo:

--¿Será algun criminal que viene huyendo de Francia?

--No puede menos: en el poco rato que he estado en la posada, hemos observado que estaba impaciente, ha preguntado muchas veces la hora que era y cuánto tiempo necesitaba para ir á Madrid, á lo que yo le he contestado que si encontraba caballos como el que montaba, en dos dias lo mas.

--No puede menos de ser un fugitivo, dijo Felipe, pero dejémonos de hablar de él, para ocuparnos de mi persona.

--Estoy á vuestra disposicion, dijo el posadero levantándose de la silla en donde estaba sentado.

--Ante todas cosas, quiero comer porque tengo hambre; poned pues algo sobre esta mesa.

--En mi posada se encuentra de todo, dijo el posadero con el mismo orgullo con que un principe dice á otro, cuanto apetezcas, encontrarás en mi palacio.

--En ese caso tráeme una lonja de jamon y una botella de vino.

El posadero se salió de la cocina para llamar á su muger, que en aquel momento se hallaba disponiendo una cama para Felipe : en la escalera la encontró.

--¿Está el cuarto arreglado? preguntó el marido.

--Sí; oye Juan, ese caballero es el que pasó por aquí hace algunos dias.

--¿Has puesto sábanas finas en la cama?

--Vaya una pregunta necia. Mírale la cara y verás como es él.

--Las de tu oficio no deben ser curiosas : toma pues la llave de la despensa y baja un pedazo de jamon: yo voy á la bodega por vino.

Dicho esto la muger comenzó á preparar por la escalera, y el posadero á bajar hasta la bodega, en donde llenó una gran botella del mejor vino que allí habia: hecha esta operacion se encaminó á la cocina, en donde encontró á Felipe sentado ante una mesita que su muger habia ya cubierto de todo lo necesario.

--Este es un escelente vino, dijo el posadero colocando la botella sobre la mesa: es un vinito que ha gustado mucho al hombre que ha pasado por aquí esta tarde. Vamos, Mariquita, pronto, que al señor se le abre la boca de hambre, añadió el posadero dirigiéndose á su muger que colocaba entonces una gran tortilla sobre la mesa.

Felipe se sonrió diciendo:

--Con que al del caballo le ha gustado mucho; veamos pues si tiene buen paladar, y se bebió medio vaso.

--Escelente.

--¿No os lo decia yo?

--La tortilla no está mal tampoco.

--Mariquita, has otra, dijo el posadero volviendo la cabeza.

--No, dijo Felipe; sobra con esta.

--Otro traguito.

Felipe bebió el vaso que le alargó el posadero.

--¿Qué tal, ni en la taberna de maese Turquant en París se halla mejor vino, hé?

Felipe apartó el vaso de sus lábios, como si hubiese descubierto en él un veneno: luego reflexionó en que el posadero podria sospechar algo, y pareció esforzarse en traer á sus lábios una sonrisa al mismo tiempo que decia:

--¿Vos, por ventura, conocéis al tabernero Turquant?

--Mariquita trae el jamon. ¿Deciais que si conocia al tabernero Turquant? no le conozco, porque habeis de suponer que á pesar de estar tres horas de Francia, jamás he estado en ese reino, ni menos en su capital. No me agradan mucho los franceses.

La muger del posadero colocó sobre la mesa un gran plato de jamon y de costillas.

--¿Maese Turquant ha estado en alguna ocasion aquí?

--No, no ha estado jamás. Vos os habeis admirado sin duda de oír ese nombre en mi boca, es porque me he acordado que el que ha pasado por aquí esta tarde, el del caballo quiero decir, ha bebido como vos de este excelente líquido, y ha exclamado: ¡Oh! ¡en la taberna de maese Turquant no se bebe mejor vino!

Felipe miraba con una especie de distraccion el plato que la muger del posadero le habia puesto delante, y éste creyendo que su huésped se habia cansado ya de comer dijo:

--¿Cómo, ya no quereis mas? ¿Y ese rico jamon ha de volverse ignominiosamente á la despensa? por vida mia, que yo os creia mas valiente en la mesa.

--Yo os probaré que lo soy, y en seguida Felipe comenzó á engullir como si la gran tortilla no fuese ya delante.

--¿Con qué al del caballo le gustó vuestro vino?

--Mucho.

--En efecto, es excelente, y como si hubiese querido Felipe convenirse de lo que decia, se bebió un vaso todo entero.

--Pero debo advertiros, que el del caballo os gana también á beber.

--Ese hombre debe ser de hierro.

--O de bronce, porque se ha bebido una botella sin respirar.

Felipe reflexionó un poco.

--Acaso yo conozca á ese hombre, ¿venia de Paris?

--Sí, eso dijo.

--¿Es de estatura regular, ancho de espalda....

--Sí.

--Color moreno.

--Sí.

--Pelo entrecano, bigote negro como si lo llevase teñido?

--Creo que sí.

--¿Observasteis su mano derecha?

--Sí; vaya si la observé, como que os diré que le falta un dedo.

Felipe se pasó la mano por la frente, como queriendo apartar algun pensamiento terrible: ¡él es, no cabe duda! exclamó.

--¿Vos le conoceis, hé?

--Sí, me parece que sí, y esto diciendo se levantó de la mesa.



Bajo el equivocado epigrafe de *Varietades*, dimos cabida en nuestro número del 12 á un comunicado; pero agenos enteramente á esta cuestion y en prueba de imparcialidad, insertamos el siguiente

REMITIDO.

Señores redactores del *Eco literario*.—Muy Sres. míos: En el núm. 12 de su apreciable periódico he leído un artículo sobre un caso verdaderamente grave y ruidoso ocurrido en la clinica quirúrgica de esta ciudad. La circunstancia de haber presenciado la solemne é importante discusion, en la que con tanto celo é interés se ocuparon los catedráticos y profesores

lismo, ni la polémica pueden salvar sus hechos mas culminantes de los rasgos literarios de este nuevo daguerrotipo. Por lo que hace á nuestro modo de ver, somos mas parcos en el terreno de la escena. Las crónicas, y aun la historia de la generacion inmediatamente anterior, bien pueden suministrar argumentos dignos de atraer por su novedad é interés la atencion y los aplausos del público actual, pero vestir con los humildes arreos de Talia hechos atroces que en el mundo real todavía casi están destilando sangre sobre la tumba de personajes ilustres y contemporáneos, es en nuestro concepto una aberracion del buen gusto, una roca de naufragio para el autor. ¿Qué otro drama mas interesante puede concebirse que el mismo proceso del duque de Praslin y la historia de sus malaventurados amores? Introducir un boticario tonto en medio de tan sangrientas escenas, equivale á neutralizar el terror que naturalmente inspira la esposicion del drama, combatiendo las lágrimas á sandeces. Antes de Moratin era de ordenanza un gracioso por lo menos; pero hoy dia, cuando tan cultos nos creemos, Bartelle y Baliveau sobre las tablas, al lado del conde de Senecey y de su infeliz esposa, son dos contra sentidos lamentables. Si en busca de paridades fuéramos, mas reminiscencias encontraríamos de los caracteres de Matilde y Ursula, descritos por Mr. Sué, en las *Memoorias de una jóven del gran mundo*, que hechos del proceso del duque de Praslin, amoldados á las formas escénicas. Mas seáse dello lo que fuere, ni aun como pieza imitada ofrece menos defectos bajo el punto de vista dramático. ¿Por dónde ni cuándo llega á saber el espectador la profundidad y origen de la violenta pasion de Amelia hácia el conde? ¿qué motivos justificados ante el público tiene éste para anatematizar su coqueteria? ¿cómo es posible, dramáticamente posible, que Matilde se atreva á ofrecer con seriedad la mano de su prima á un tipo de sainete como Bartelle? ¿qué inconsecuencia tan palpable no ofrece el carácter de éste, cuando dejando á un lado su miedo, se erige en campeón de la condesa? Verdad es que se necesitaba un farmacéutico para terminar felizmente el drama sin efusion de sangre, mas para lograr este desenlace frio y poco verosimil, como que se apoya en una mera casualidad, tampoco se requerian de esencia tres actos sin episodios ni incidentes nuevos, tres jornadas de un viage que nos conduce á una playa desierta sin instruccion ni verdadero deleite. El público ha acogido á *la condesa de Senecey* con frialdad: el público es justo.

La representacion ha sido buena; pues tildar al Sr. del Rio porque nos trasmitió con sobrada gracia las gracias de su papel, seria estremadamente rigorista. Culpemos al autor y no al cómico, quien debió obstinarse en parecer farmacéutico para salvar hasta cierto punto lo pesado de las rectificaciones en que abunda su estemporáneo papel.

En la misma noche del beneficio del Sto. Hospital, la Sra. Cattinari cantó sin notable éxito la cavatina de *Hernani*, caballo de batalla de las Sras. Villó y Brambilla. Aunque se evoquen recuerdos, nosotros los apartamos de nuestra mente en gracia de la actual *prima donna*. Seamos justos, pero nunca severos sin necesidad.